

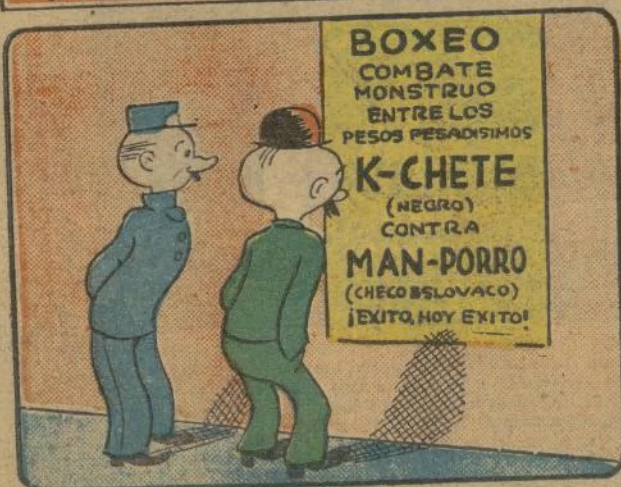


VÑO VI.—NUM. 300

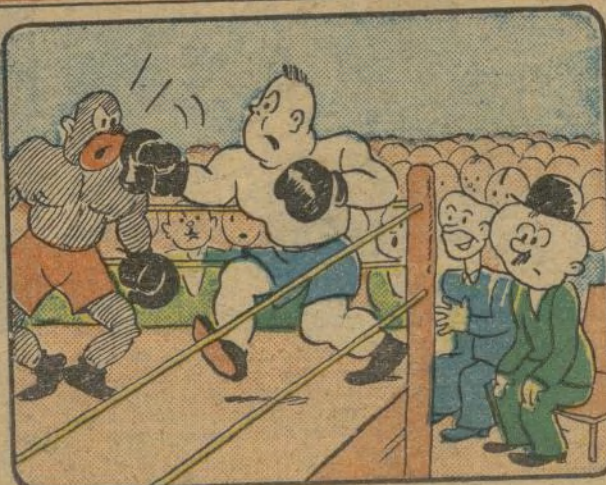
REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves.
MADRID.—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 466

7 de febrero de 1935

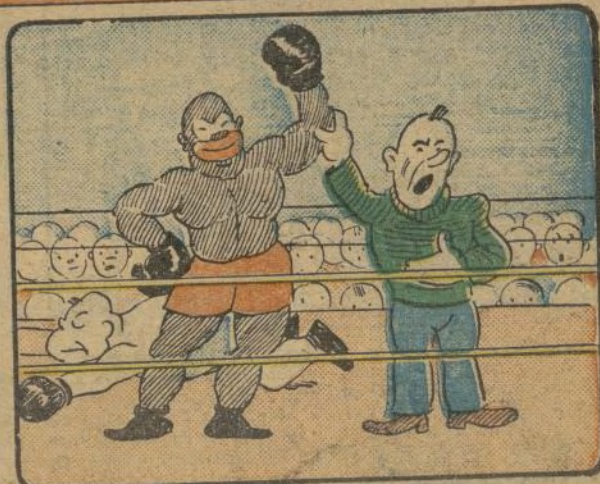
LA MALA SOMBRA DEL SEÑOR SABINO



El señor Sabino sentía una verdadera debilidad por todos los deportes, pero "su flaco" era el boxeo. Aquel día vió el anuncio de un interesante combate.



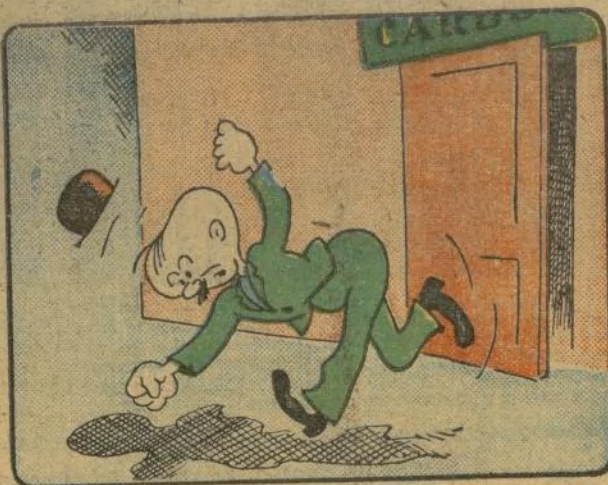
Y el señor Sabino se gastó diez duros en una silla de primera fila para enterarse bien de los tortazos. La lucha era entre un blanco y un negro.



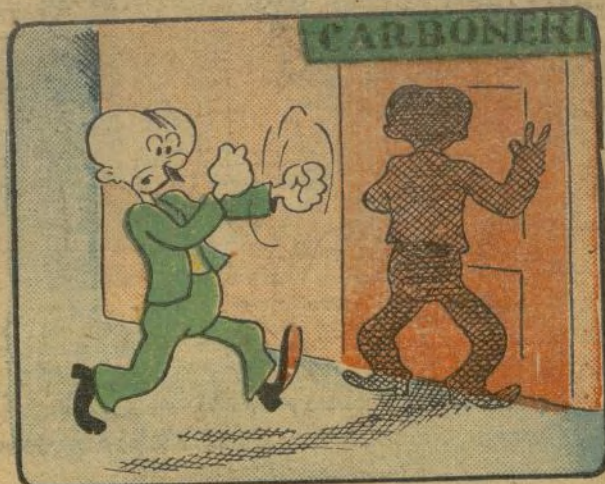
El combate terminó con el triunfo del negro, que dejó "k. o." al blanco. Esto le sentó al señor Sabino como un directo al estómago, y salió a la calle desesperado.



—¡Este "púgil" es imbécil, no sabe boxear! Supongamos que mi sombra es un negro al que discuto el campeonato; pues le daría así...



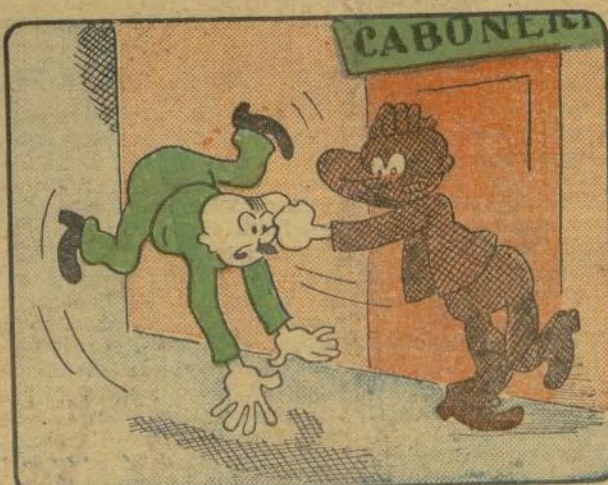
—Ahora te agachas para defenderte, ¿verdad? ¡Pues también sé dar golpes bajos! Así se boxea, sin dejar que el contrario le toque a uno la cara.



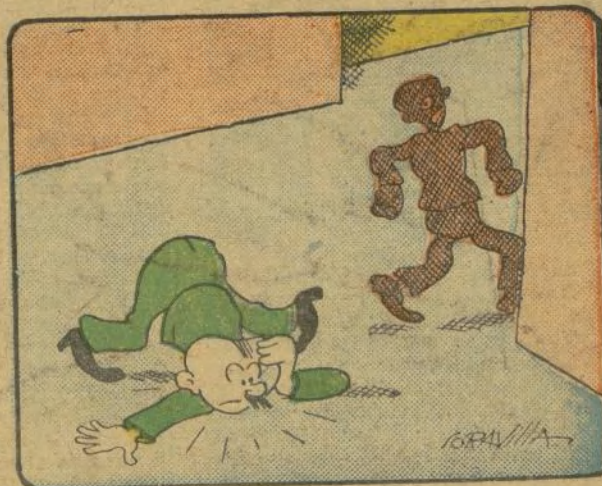
—Ahora quieres pegarme a traición y te apareces por la izquierda. ¡Pues toma un directo con la derecha!...



Y el señor Sabino largó con todas sus fuerzas un directo a lo que creyó seguía siendo su sombra.



Pero la supuesta "sombra" era un carbonero, que salía de su establecimiento, y le respondió con un puñetazo en las narices.



Y así terminó el entrenamiento de Sabino. Y eso que el espontáneo adversario no estaba preparado para la lucha... Cuestión de mala sombra!



Resumen de lo publicado.—Desde que sir Roger llegó a la Posada del Buho Blanco, el misterio se cierne sobre aquel viejo caserón. Tomás, un muchacho huérfano, criado de la posada, descubre dentro de un saco, traído por sir Roger, un hombre amordazado, que luego huye. Tomás y Anita, la pupila del posadero, lo esconden en una alacena; pero cuando sir Roger abre la puerta, el desconocido había desaparecido.



Cuando Tomás entró en la alacena para examinar su interior, dejando a Anita fuera vigilando el regreso de sir Roger y los suyos, no sospechaba que iba a descubrir el secreto de la súbita desaparición del desconocido dentro de aquel reducido recinto.



Al oír la misteriosa llamada de Tomás, Anita entró en la alacena, agitado su pecho por profunda emoción. "¿Qué pasa, Tomás?", murmuró. "Acércate, Anita, le respondió el muchacho señalando a un oscuro rincón. Mira, aquí hay una puerta secreta".



"Una puerta secreta, repitió la muchacha con voz apagada. Ahora se explica..." La sangre se le subió al rostro. "Por aquí se habrá escapado el desconocido." Iba a responderle Tomás, cuando se oyeron, en el vestíbulo, voces de los que regresaban.



Sir Roger le estaba diciendo al tutor de Anita, mientras ambos entraban en la estancia: "Cerrad la puerta, maese Lear; tengo que deciros algo que sólo vos podéis saber". Desde su escondite de la alacena ambos muchachos vieron a los dos hombres que se acercaban a una mesa y se sentaban juntos.



"¿Qué sucede?", gruñó el posadero cuando su compañero y él se hubieron sentado ante la mesa. Sir Roger se acercaba a su interlocutor, y al hablar lo hacía en voz muy baja. "Tenéis que ayudarme, maese Lear, decía. Ese hombre es mi hermano gemelo, y hay que hallarlo a toda costa".



Desde la alacena, Anita y Tomás escuchaban contentiendo la respiración, pero los conspiradores hablaban en voz tan baja que tan sólo algunas de sus palabras llegaban a oídos de los muchachos. A poco, sir Roger y maese Lear se levantaron y salieron hablando del vestíbulo.



Un suspiro de satisfacción alivió el pecho de Tomás cuando aquellos dos bribones desaparecieron, cerrando la puerta tras sí. "Tu tutor y sir Roger están comprometidos en este misterioso asunto, Anita", dijo el muchacho con una expresión de disgusto. En aquel momento giró sobre sí mismo porque había oído pasos.



El rumor venía de la puerta que comunicaba con el pasadizo secreto. Por un momento los dos muchachos quedaron como clavados en el sitio, pálidos como muertos. "Alguien hay ahí dentro", murmuró Anita. "Así es, respondió Tomás; vamos a ver quién puede ser, o a dónde se sale por aquí".



Latiéndoles el corazón por el sobresalto, y sin sospechar lo que podría esperarles en aquel corredor secreto, Tomás y Anita, cogidos de la mano, atravesaron la puerta y comenzaron a bajar una escalera. Veinte escalones habían contado en la oscuridad, cuando de pronto...

(Continuara)

CONCLUSIÓN EL ROSAL CUENTO



El angel continuaba diciéndole al niño: "Puso el muchacho aquel a su cabecera la rama que el hijo del vecino le regalara, y en sueños imaginaba estar al pie de estos árboles sobre los cuales resplandece el sol y cantan las aves. Un día de primavera le trajo también el mismo muchacho flores silvestres, entre las cuales, casualmente, había una con raíces, que plantó en una maceta colocada al lado de la cama, bajo la ventana. En buena hora lo hi-

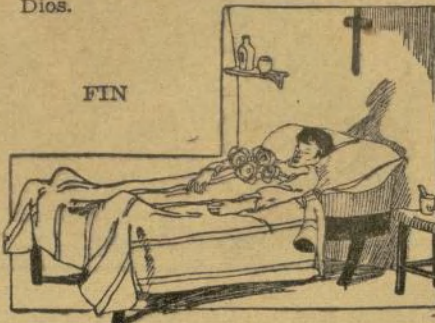
zo. Creció, brotaron nuevos tallos y daba hermosas flores, llegando a ser el más bello jardín para el débil enfermo, su humilde tesoro en la tierra. La regaba cuidadosamente, procurando que aprovecharse hasta el último rayo del sol que a duras penas allí penetraba. Esta pobre flor se connaturalizó con sus lágrimas, pues para él florecía y para él daba al viento sus perfumes, regocijando sus lánguidas miradas. La humilde flor era para el tierno niño el símbolo de la esperanza. Parecía a veces que la flor le hablaba un lenguaje de amor y ternura, un lenguaje que no tenía semejanza con el que se usa en la tierra.

Hablábale de fidelidad y constancia en la amistad, de firmeza y resignación en el dolor, y hasta del misterio de la vida y de un fin al que todo lo de ella, sin duda, debe estar ordenado. La planta buscaba el sol, que era su vida, y el muchacho sintió que también su alma tendía instintivamente a captar la luz de otro sol para su inteligencia y su

corazón, de un sol infinitamente elevado sobre las pequeñeces del mundo; pero que todo lo escudriña, lo anima y lo gobierna. Y poco a poco iba penetrando en la honda sabiduría, que únicamente podía darle la felicidad. El muchacho hubiera vivido muy triste y desconsolado, si le hubieran privado de la flor que tanto amaba y que tanto le amaba a él, porque no tenía duda de que la flor sentía. En ella clavó sus ojos en la hora de la muerte, cuando el Señor le llamó a sí. ¡Un año hace que mora con Dios! ¡Un año que la pobre flor, olvidada en la ventana, se ha secado! ¡Por eso, en la mudanza fué arrojada a la basura! Esta es la flor, la pobre flor marchita que hemos colocado en nuestro ramillete. Ella ha causado más alegría que la más hermosa en el jardín de una reina". —¿Y cómo sabes todo eso?—preguntó el niño. —Lo sé—respondió el angel—, porque yo era el niño enfermo que andaba apoyado en las muletas. ¡Bien conozco mi flor! El niño abrió sus ojos, mirando asombrado el rostro del angel. En aquel momento encontráronse en el reino de Dios, donde están la dicha y bienaventuranza eternas. El Señor estrechó contra su seno al niño muerto, que, revistiéndose

de alas como el otro angel, iba asido de su mano volando con él. Dios puso sobre su pecho todas las flores; pero a la pobre y seca flor silvestre la dió un ósculo; entonces el nuevo angel adquirió voz, y cantaba con todos los ángeles que se mecen en las alturas en torno del Señor, unos cerca, otros alrededor de éstos en grandes círculos, y así más y más hasta lo infinito.

Y cantando su felicidad, bendecían las penas y dolores sufridos en la tierra con resignación, y cada día de multiplicaban los jardines celestes con nuevas flores humildes tróncadas y abatidas por el viento de la adversidad en la tierra, pero amadas y escogidas por Dios.



FIN

PASATIEMPOS



Cuando queráis haceros una bella casita en la montaña, encargádsela a nuestro particular amigo F. Alvarez, de Vitoria, y de doce añitos, que como podéis apreciar, es especialista en esa clase de obras arquitectónicas. ¡Palabra!

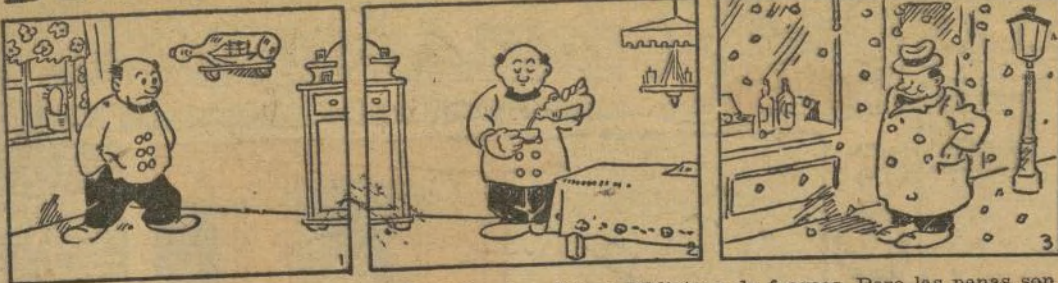
—¿Te has fijado? Pasa y no nos saluda. ¡Como si no nos conociera o nos hubiéramos visto nunca!

—Si; es que desde que ha dejado de pertenecer a la Sociedad Protectora de Animales y Plantas no hace nada más que mortificarnos.



Ingenuidad, estilo, pureza de líneas..., he aquí las cualidades sobresalientes de este precioso dibujo que Pepita Rodríguez nos remite desde Tolosa. ¡Enhorabuena!

DON PONCIANO Y SUS SOBRINOS



Don Ponciano es un castizo. Cuando le aprietan las penas, trata de ahogar a las condenadas en vino. Y por eso tiene siempre una buena biblioteca de frascos. Pero las penas son muchas en esta vida, o las "indinas" saben nadar", y las provisiones, por abundantes que



sean, llegan un día a agotarse. Aquel día de crudo invierno, para calentarse, decidió salir a comprar algunas botellas. Para calentarse y para celebrar la feliz ausencia de sus endiablados sobrinos, que debían navegar con buen viento en el barco del capitán amigo de



don Ponciano. Copa tras copa, los brindis se prolongaron excesivamente, hasta que, de pronto, un certero golpe sobre uno de sus juanetes le vino a sacar de su abstracción. ¿Quién diantre podía estar agazapado debajo de la mesa? Pues aquellos dos angelitos, que debían de haber venido por los aires. ¡Se acabó la paz!

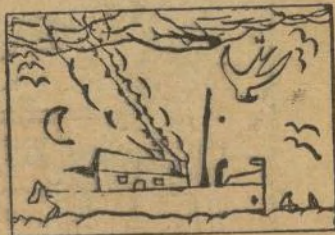
AMENIDADES



El "Barba-Cana" de los buenos tiempos, antes de que los terribles Tarugo y Perdigón le hubiesen segado la barba con aquella guadaña, se fué a que le hiciese un retrato el gran dibujante José Pastor, nuestro querido amigo, y aquí le véis, tan castizo y tal. Y vaya retratista, ¿eh?

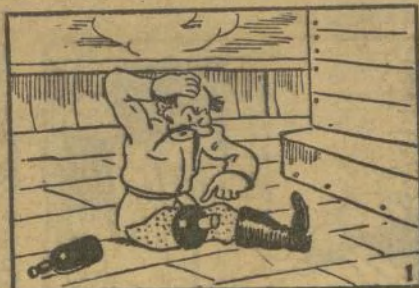
—Usted come poco, don Gabino.

—Claro. ¿Cómo quiere que sea "comedor", si soy "Gabinete".



¡Vaya barco, vaya pájaro y vaya humos, caro amigo Jesuisto Pardo! Con tus siete añitos y tu gracia santanderina llegarás, no lo dudes, llegarás; sobre todo si te embarcas en estos preciosos trasatlánticos que con tanta soltura sabes crear. Dile a tu papá que te vaya comprando ya el traje de marinero. ¡Resalado!

Poncito, chico elegante y "El Grifo," sucio y lunante



Cuando el pirata Hi-Ko volvió en sí de la paliza de Poncito y "El Grifo", notó la falta de su pata.



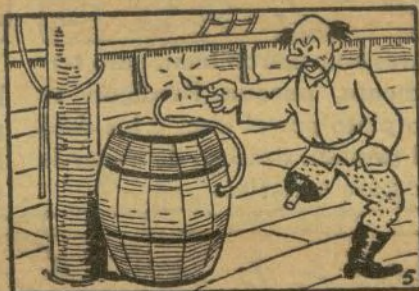
Y también vió, al tiempo que les amenazaba con los puños cerrados, a nuestros héroes rodeados por los chinos.



Rebosando ira, el despreciable Hi-Ko se arrastró como una culebra, mientras ideaba una terrible venganza.



Y el repugnante corsario, a pesar de su cojera inmundia, tuvo fuerzas suficientes para arrastrar un barril.



A cuya mecha prendió fuego, poniendo una cara de "buenazo" que invitaba a salir corriendo a todo tren.



Una vez puesta y encendida la mecha, el malvado Hi-Ko preparó un bote y se dispuso a ver de lejos su obra.



A todo esto la mecha estaba casi consumida, y como el barril contenía dinamita, la catástrofe se acercaba.



Bien lo sabía el perverso pirata, que lleno de gozo esperaba la tremenda explosión. ¡Bandido!



Esta no se hizo esperar. ¡Pobre Poncito y pobre "Grifo"! Indudablemente llegó la hora de su muerte.



¿Milagro? No. Es que los trajes de Benitez!! les habían librado otra vez de la muerte por su gran resistencia.



La caída de los chicos tuvo muy mala pata para Hi-Ko, pues fué apresado por ellos, que habían caído sanos y salvos.

CASCARILLA ES UNA ARDILLA



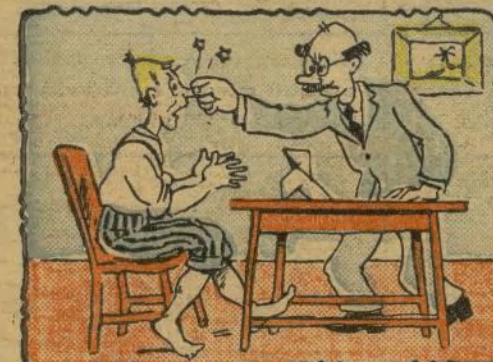
Cascarilla ha encontrado una plaza de escribiente, pero como no sabe escribir se entretiene en hacer pajarritos de papel. El excesivo trabajo le da sueño; se queda dormido y sueña que la pajarita aquella que dejó sobre la mesa toma la forma de un gallo enorme, que le picotea en la nariz. Tan fuerte, que Cascarilla despierta y ve que el gallo no es otro que su patrón, que le enseña la puerta de la calle agarrándole de las narices.



bre la mesa toma la forma de un gallo enorme, que le picotea en la nariz. Tan fuerte, que Cascarilla despierta y ve que el gallo no es otro que su patrón, que le enseña la puerta de la calle agarrándole de las narices.



y ve que el gallo no es otro que su patrón, que le enseña la puerta de la calle agarrándole de las narices.



y ve que el gallo no es otro que su patrón, que le enseña la puerta de la calle agarrándole de las narices.

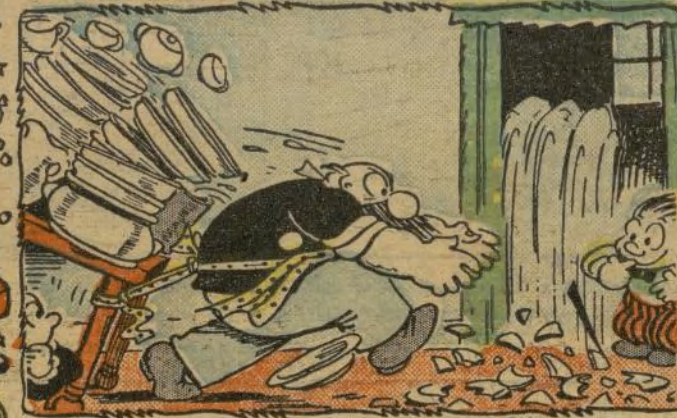
HAZAÑAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PERDIGÓN



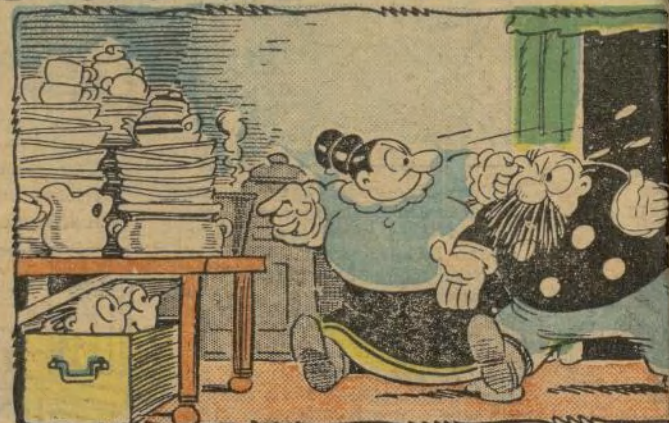
El capitán curó por fin de aquel terrible ataque de gota, y lo primero en que pensó fué en pirarse las para echar aquella partida de mus que había quedado interrumpida y para la que Barba-Cana le había venido a invitar de nuevo.



Al oír el estrépito de platos rotos, mamá Tecla se revolvió como un basilisco, y cogiendo el rodillo de hacer pastas le intimó por las buenas al desventurado capitán a que acabasen aquellos estropicios o iban a romperse las hostilidades.



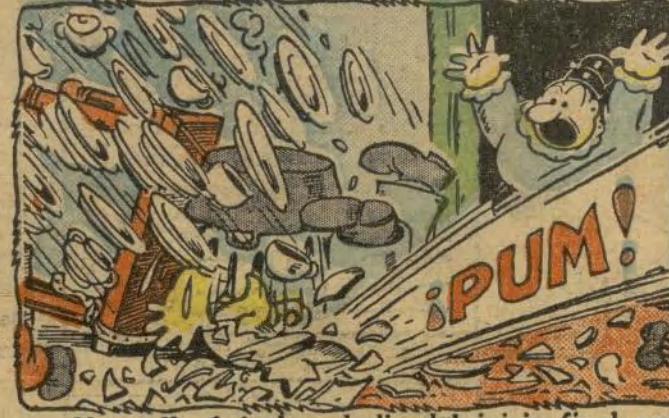
Los juegos malabares empezaron bien, pero terminaron catastróficamente, porque Perdígón se hizo un taco con tanto plato por el aire, y los dejó caer todos al suelo. El capitán, deseoso de evitar la caída, hizo un ademán para evitarla...



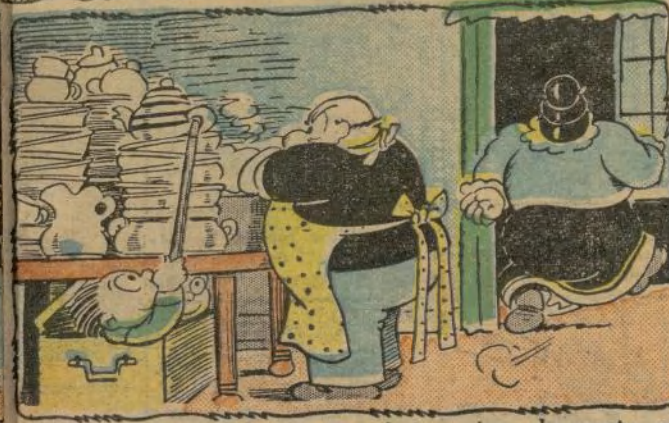
Pero mamá Tecla, a la que no se le había pasado aún el feroz encono por la jugarreta de la sogá, sintió al fugitivo, y agarrándolo por la chaqueta y luego por la oreja, lo llevó a la cocina y le castigó a fregar aquel montonazo de platos...



Al improvisado friega-platos no le cabía en la cabeza cómo diantre podían haber volado los platos solos desde la mesa hasta el suelo; y se sometió a su negro destino, ante las contundentes razones que le brindaba su consorte.



Y aquello fué el preludio del juicio final, con bombardeo aéreo y mística de toda la batería. Capitán, mesa, platos y chiquillos se confundieron en horrible montón, en ronco estrépito y concierto de ayes, chillidos y lamentos.



El pobre capitán se calzó resignadamente el mandil y emprendió el trabajo a que le habían forzado, sostenido por la esperanza de que aquello acabaría al fin, hora antes o después, y podría libertarse. Pero no contaba con la huésped.



El corazón se le derretió de ternura cuando vio que aquel querubín de Perdígón se disponía a hacerle más llevadero sus castigos, ayudándole a terminar pronto su faena y a transportarle los platos una vez limpios.



Si algunas pocas piezas quedaron indemnes, las sacrificó mamá Tecla gustosa al divino placer de la venganza, estrellándolas sucesiva y aceleradamente contra el cogote del pobre capitán, que emprendió fuga veloz aterrorizado.



Y fué que los dos barrabases se habían agazapado debajo de la mesa donde posaba la vajilla, y cuando más descuidado estaba el capitán, se dedicaron—los angelitos—a enganchar con un palo las fuentes y soperas y hacerlas añicos contra el suelo.

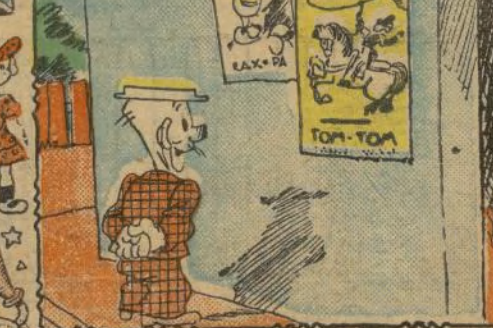


Y no paró en esto la amabilidad del angelical pillete, sino que para distraer al capitán, se brindó a obsequiarle con una sesión de juegos malabares con los mismos platos. Y tanto lo distrajo que le impidió ver lo que entre tanto hacía Tarugo.



Los pilletes, entre tanto, huían vilmente por la ventana; pero tuvieron la pena de caer en manos del negro, que los tendió en una cuerda y se puso a "sacudirlos" a modo, mientras el capitán comenzaba, por fin, su partida de mus.

REPOLLO CARA DE BOLLO



Repollo fue al circo y vio la facilidad con que los "cow-boys" manejan el lazo y hacían aquellos animales que parecían aros metálicos. Como no se creía inferior a nadie, se dedicó a aprender el truco hasta que lo dominó perfectamente, y se lanzó a exhibirse por calles y plazas. Pero en una de sus pruebas tiró el lazo con tal destreza, que pescó un busto de mármol que había en un jardín, y ya veis el mamporro que se llevó.



dominó perfectamente, y se lanzó a exhibirse por calles y plazas. Pero en una de sus pruebas tiró el lazo con tal destreza, que pescó un busto de mármol que había en un jardín, y ya veis el mamporro que se llevó.



dominó perfectamente, y se lanzó a exhibirse por calles y plazas. Pero en una de sus pruebas tiró el lazo con tal destreza, que pescó un busto de mármol que había en un jardín, y ya veis el mamporro que se llevó.



dominó perfectamente, y se lanzó a exhibirse por calles y plazas. Pero en una de sus pruebas tiró el lazo con tal destreza, que pescó un busto de mármol que había en un jardín, y ya veis el mamporro que se llevó.

Risa para la semana con "Laura" la charlatana



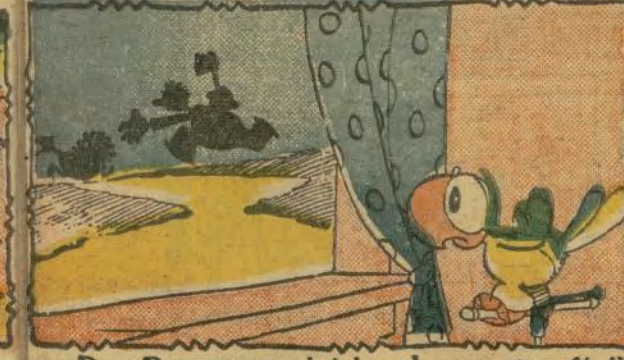
Laura había decidido aprender a callarse, por fin. El último susto que le habían dado por su charlatanería había sido morrocotudo.



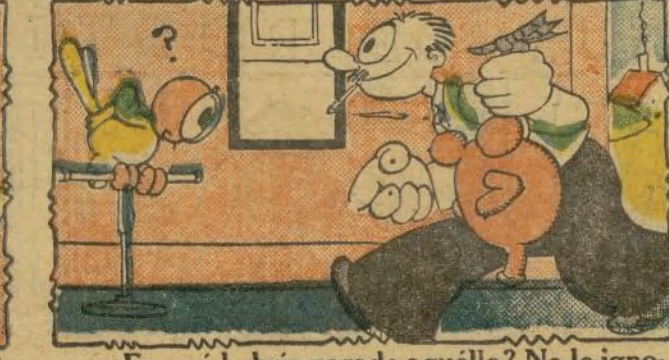
Pero vio pasar por debajo de su ventana a don Pavo, tan orondo, y glo-glooteando vanidosamente, sin que nadie se metiera con él.



Casi estaba ya pesadosa de su determinación cuando vio a don Fielato, que venía desalado detrás del pavo para echarle mano.



Don Pavo no se dejaba alcanzar tan fácilmente, y don Fielato no se daba por vencido así como así; y se organizaron preciosas carreras.



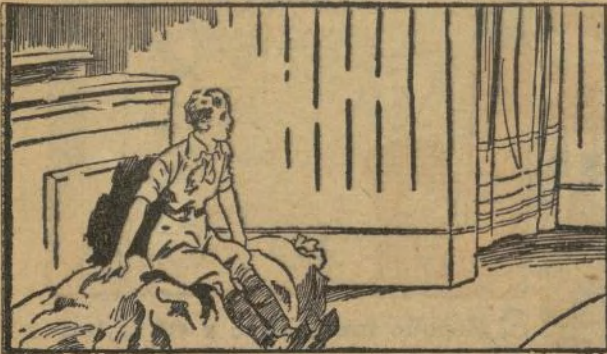
En qué habría parado aquello? No lo ignoró por mucho tiempo; pues poco después vio a don Fielato con magnífico pavo desplumado.



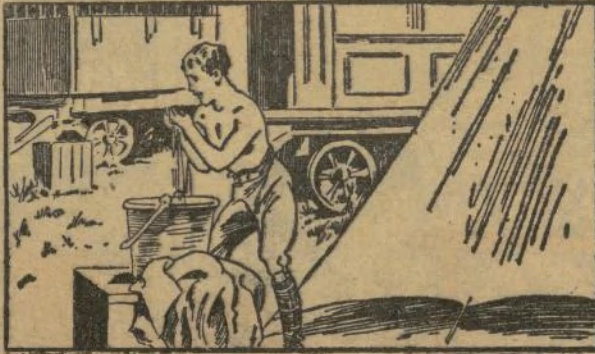
Y aquello sí que iba en serio. La impresión que le causó fué tal, que se estuvo más de cinco minutos sin decir palabra. ¡Palabra!

Resumen de lo publicado.— Antonio es un huérfano a quien maltrata de continuo su tutor, el trapecista Bepo. Por cualquier falta lo castiga cruelmente y le priva de las más inocentes expansiones.

COMPANEROS DE CIRCO



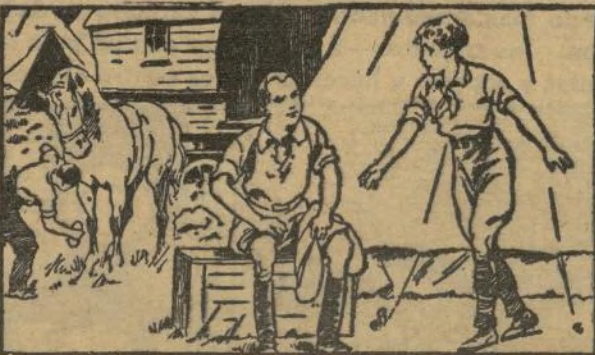
Bepo llevó al muchacho a su carro, y allí lo castigó por su desobediencia. A la mañana siguiente, Antonio despertó al amanecer, saltó de la cama y, mirando por la ventana, exclamó al ver la neblina en el horizonte: "Magnífico día tendremos hoy".



Fuera brillaba el sol sobre el campo silencioso. Parecía que no había en el campamento otra persona viviente que nuestro muchacho. Salíó éste, fué a un pozo cercano, sacó agua y, desnudándose de cintura para arriba, se entregó a su aseo matinal.



"¡Hola, Antonio!", oyó que le saludaba una alegre voz cercana. El muchacho, frotándose la cara hasta enrojecer, miró y vió junto a sí al fuerte Dick, el mozo de cuadra. Pronto estuvo listo Antonio, y juntos ambos se dirigieron hacia las cuadras.



"Eres buen madrugador, chaval, le dijo Dick, y me alegro." "¿Quién puede quedarse entre las sábanas con esta hermosa mañana?", respondió Antonio. Estaba pensando si podría ayudarte en algo; ya sabes que todavía no tengo nada que hacer".



"Precisamente hoy me puedes ayudar, Antonio, y te agradeceré el favor. Mi ayudante Jaime no se encuentra bien, y tú podrías sacar a paseo los caballos." "¿Qué gusto, respondió Antonio; no hay nada que me delecte más".



"Veo que no te asusta el trabajo, añadió Dick riendo. Aquí están los caballos. Cuida mucho de ellos, porque son de gran valor." "Puedes confiar en mí, Dick", replicó Antonio mientras montaba en uno de los animales, radiante de alegría.



Harto sabía Dick cuánto le gustaba a Antonio montar, y por eso le obsequiaba frecuentemente con tal regalo. "Magnífico—iba exclamando el muchacho mientras llevaba los caballos al galope por aquellos campos—. ¡Cómo me gustaría este oficio!"

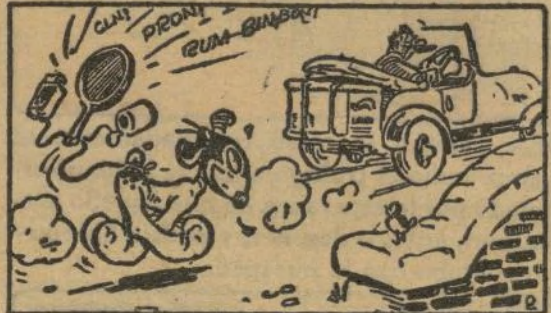


Volvía ya Antonio por la carretera cuando se oyó el agudo sonido de una bocina. "Quietos, "Lucero", gritó al ver que uno de sus caballos se encabritaba; y avanzó con toda clase de precauciones al encuentro de un "auto" que venía en dirección contraria.

EL PERRITO VAGABUNDO



Al infeliz chucho "Latitas" los muchachos del pueblo le habían atado en el conato de rabo que le quedaba un verdadero equipo sonoro de últimos



invención, como podéis ver. ¿Adónde iba a ir el desdichado "Latitas" y cómo acercarse cautelosamente a ninguna parte para robar un hueso



o una salchicha? Pero aquella tarde su apéndice fué su salvación. Porque don Tertulio iba tranquilamente con su "cacharrillo" a merendar al



campo, llevando a retaguardia la cesta de las provisiones, cuando oyó un alarmante ruido de quin-calla. Pensando lógicamente, paró, se apeó, sol-

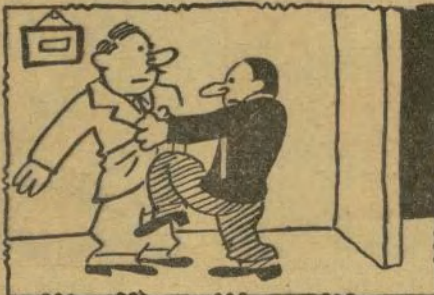


tó la cesta, la dejó en el suelo y se metió debajo del coche para examinar el diferencial. Y "Latitas" se hinchó "a modo".

UN TRAJE DE POSTIN



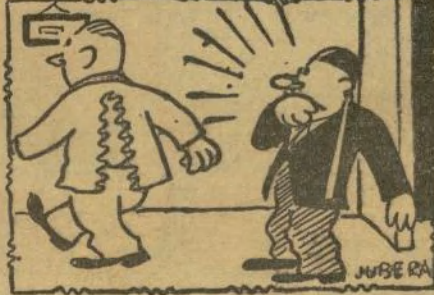
Don Hipólito se vanagloriaba de tener el sastre de más postin en su pueblo, y el sastre de don Hipólito presumía de que a hechuras no había quien le echara la



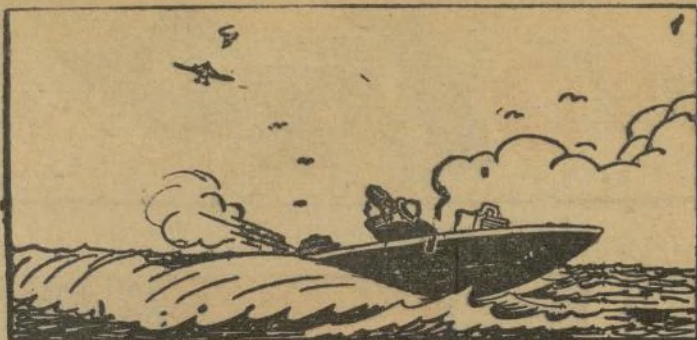
pata. Vino el invierno, y don Hipólito quiso batir todos los "records" de la elegancia, y el sastre de don Hipólito quiso superarse a sí mismo, que era el úni-



co sastre en el mundo a quien le quedaba por superar, y tanto afinó, que en las pruebas el pobre don Hipólito quedó como podéis ver. Y el pobre asegu-



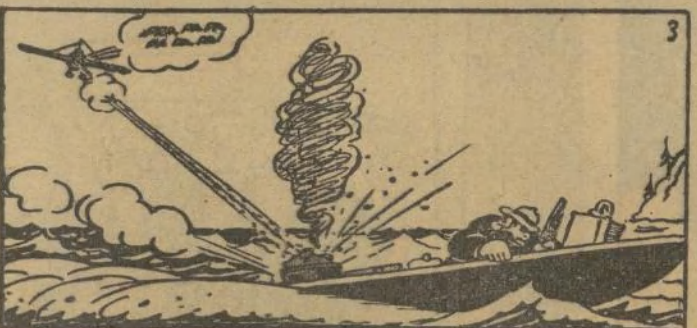
raba, con razón, que todavía andaba holgado y que se podía ceñir mucho más. Pero su sastre trató de convencerle por las buenas de que ya era bastante.



El feroz bandido sintió a poco un sospechoso zumbido por los aires, y volviendo la vista divisó a lo lejos un hidroplano que mal-dita la gracia que le hizo. ¿Qué quería aquel pajarraco?



Bien pronto se persuadió el feroz bandido de que lo que el hidroplano quería no era otra cosa que atrapar su linda personita, y sacando su pistola ametralladora abrió el fuego contra el aparato.



Pero éste sabía replicar en el mismo tono, y la ametralladora del hidroplano comenzó a tabletear furiosa. El depósito de la gasolina se inflamó y la explosión del motor era inminente.



Por fortuna para el feroz bandido, la isla a la que se dirigía no distaba mucho, y pudo ganar la ribera a nado, salvando consigo la maleta repleta de los billetes robados.



Mientras los heroicos policías amarraban, el feroz bandido corría jadeante a ocultar, en el hueco tronco de un árbol bien conocido, el producto de su robo. Sería difícil que lo encontrasen.



Y luego, por veredas que le eran familiares, se dirigió a una cala de la isla, donde halló fondeado un misterioso velero. "¡Ah!, exclamó; el "Mellado" me espera. ¡Cumplió su palabra!"

BAJO EL IMPERIO DEL TERRORE

AVENTURAS DE UNOS MUCHACHOS EN EL PARÍS REVOLUCIONARIO

CAPITULO XXVII

Diálogos de taberna

Mientras la estrepitosa manifestación de que hemos hablado en los anteriores capítulos iba inundando todo París, en una mala taberna de uno de los barrios apartados, varios grupos de patriotas, reunidos alrededor de diversas mesas, se dedicaban a trasegar a sus estómagos el contenido de los frascos que el tabernero iba poniendo a su alcance. Formaban uno de estos grupos el ex aristócrata ciudadano Bohin y los dos aláteres de que le hemos visto acompañado en sus anteriores andanzas. Imposible sería averiguar cuál de los tres tenía más resistencia para el alcohol, porque a pe-

sar de sus repetidos trinqués, no daban la más pequeña muestra de perder la cabeza.

Con gesto altanero, el ex aristócrata llamó a gritos al tabernero y, tirando un puñado de monedas sobre la mesa, le ordenó que sirviese a todos vino en abundancia, al mismo tiempo que, paseando su mirada por la concurrencia, invitaba a todos a beber y brindar por "doña Guillotina".

Al pasar examen a la concurrencia le llamó la atención un joven, vestido con su carmañola, que conversaba a media voz con otros menestrales, que le escuchaban como a un oráculo; y dirigiéndose a él, le dijo:

—Eh, mocito. ¿A qué club perteneces?

—¿Te corre mucha prisa saberlo?



—¡Me corre prisa, niño!

—¡Pues a mí no me da la gana de decirlo!

Levantándose entonces de su asiento el ciudadano Bohin, se dirigió hacia el joven y le dijo con tono de autoridad:

—Si te pregunto es porque puedo hacerlo. Y si tú y los presentes queréis saber con quién estáis hablando, toma y lee, si sabes—y le tiró al pecho un papel doblado. El joven lo dejó caer al suelo y lo apartó con la punta del pie; pero un vejete que con él se hallaba se apresuró a cogerlo y leyó su contenido en voz alta. Todos pudieron enterarse de que aquel ciudadano era nada menos que inspector de las cárceles de París; es decir, algo así co-

mo dueño de las vidas y haciendas de todos.

—Ya ves—prosiguió el ex aristócrata—que tienes que cantar ahora mismo.

—Soy el ciudadano Sebastián Desplacés, y aquí tienes mi cédula de civismo—respondió el joven sacando un papel y entregándoselo al inspector. Este lo leyó y devolvió a su dueño, diciéndole:

—Está bien; recuerdo ahora haberte visto en el club. Pero hace tiempo que te había perdido de vista. Y tú, ¿quién eres?—añadió dirigiéndose al vejete compañero del joven.

—El ciudadano Mariano, por tierra y por mar; con taller abierto en la calle de Nancy, y dispuesto a tragarse a todos los aristócratas...



En esto la manifestación había ya llegado a aquella misma calle, y los que estaban en la taberna salieron para unirse a ella. Sólo quedaron el inspector, ciudadano Bohin, y el tío Mariano.

—¿Qué es eso?—dijo el inspector—. ¿No vas tú también a la manifestación?

—¡Ah, si los años y las piernas me lo consintieran! Pero con los setenta y tres cumplidos, ¿adónde quieres que vaya? Gracias que pueda vivir; y ya me hubiera muerto de hambre si no es por ese muchacho, Sebastián, que me sostiene el taller. Si pudieras tú darle trabajo en algo...

—¿Y le conoces tú desde hace mucho tiempo?

—No. Hace poco se me metió por las puertas de casa, y créeme que le he tomado ley.

—¿Come con vosotros?

—¿Qué ha de comer, si no hay de qué?

—¿Dormirá, por supuesto, en vuestra casa?

—¿Y dónde? ¿Como no fuera en el suelo?

De modo que no sabes ni quién es, ni dónde come, ni dónde duerme? A ver, pues, si me lo averigüas con todos los pelos y señales. Créeme: mi cargo me obliga a velar por la seguridad pública. Ya volveré por aquí para que me des noticias—. Y se marchó dejando al tío Mariano sumido en un mar de confusiones.

—Si sospechará que el muchacho es un aristócrata disfrazado. ¡Pues aunque lo fuera, yo lo había de querer!

(Continuará)

PASATIEMPOS



Combinad las letras iniciales de las cosas dibujadas y formad el apellido de un célebre pintor español.

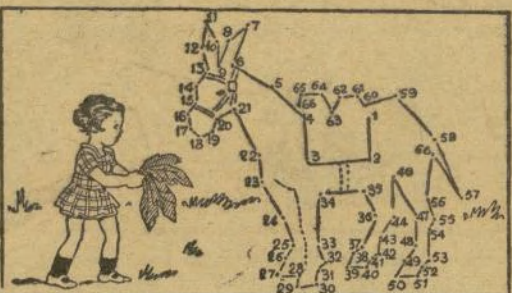
SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR

MAS HACE EL QUE QUIERE QUE EL QUE PUEDE.

Aquí tenéis el refrán que resulta al colocar las vocales entre las trece consonantes.

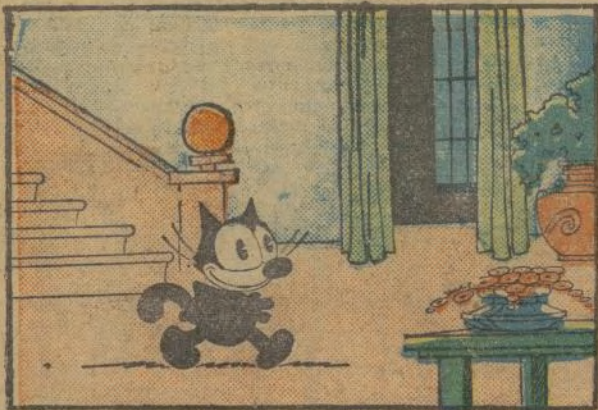


Colocad estas figuras de tal modo que entre ellas quede la silueta de una cabeza de caballo.

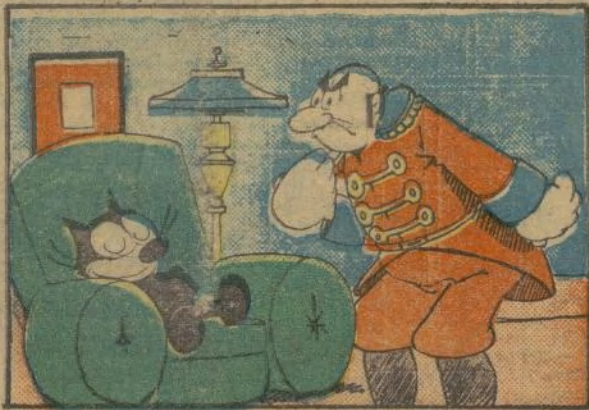


Unidos los puntos del 1 al 66, resulta el precioso dibujo que aquí veis.

ANDANAS DEL GATO Félix



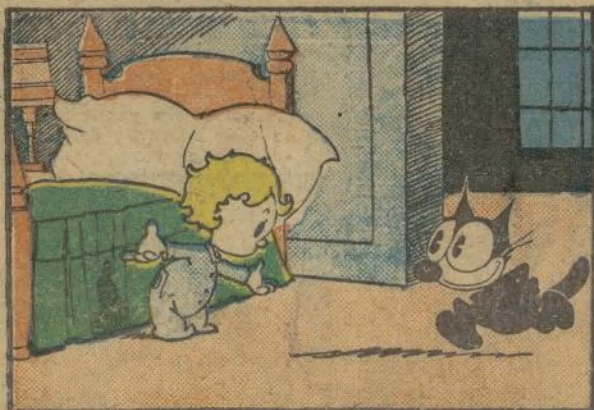
Félix estaba ya en tierra firme; mas no tenía domicilio. Pero ¿qué más le daba a él? El era un fresco de siete suelas, correspondientes a las siete vidas que tenía que guardar, y se coló en la mejor casa que encontró a mano. Para salir, siempre habría tiempo.



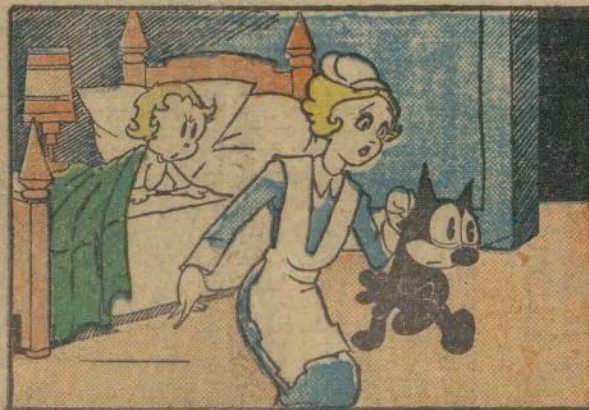
Y cruzó vestíbulos y salones hasta que encontró el más pacífico y confortable, y allí se arrellanó, sencillamente, en el mejor butacón, y se puso a echar una siestecita, pues traía sueño atrasado después de tantas peripecias y aventuras.



Un criado galoneado, de todo postin, descubrió al miserable intruso, y con toda consideración le arreó un "chut" en la popa que hizo "goal" en la puerta próxima a través de los magníficos cortinones. Pero, ¿qué era aquello?



Con cara feroche, las manos a la espalda, estallando de indignación y conteniéndose, se coló por otras piezas, hasta que dió, por fin, con sus huesos en el dormitorio de Lalito. ¡Era feliz! ¡Tanto como le gustaban los niños! ¡Y aquí! tenía cara de simpático!



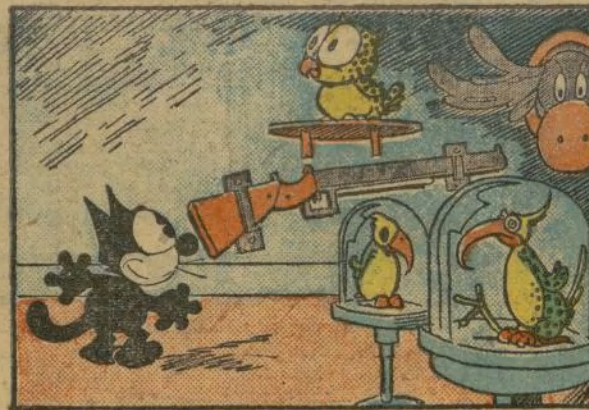
Pero apareció en esto la antipática de la doncella, que, con tan poquisima educación como el criado galoneado, lo cogió con toda familiaridad por el cogote y lo puso de patitas en la puerta. De nada valió que el bueno de Lalito protestara enérgicamente.



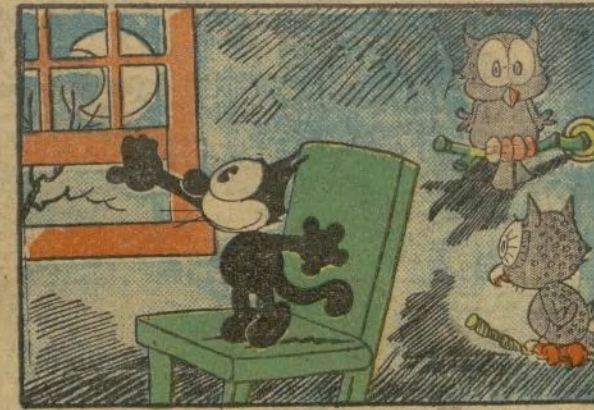
Pero Félix siguió registrando habitaciones y probando fortuna. Con aquellos señorones engomados, que se estaban jugando las pestañas, no quería nada él. Siempre le habían repugnado aquellos juegos y sus jugadores.



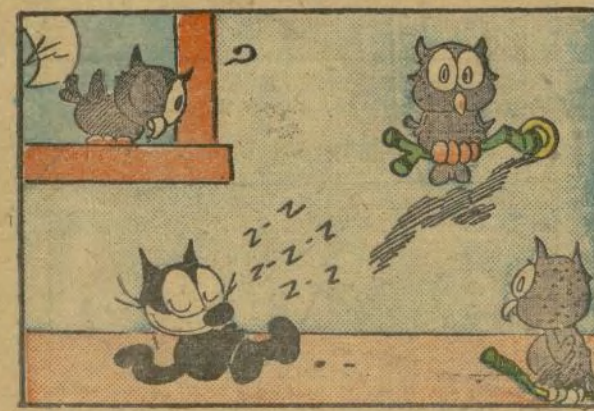
Un tufillo delicioso guió sus pasos hacia la cocina, donde confiaba encontrar algo con que echar un remiendo a su desfallecido estómago. Pero allí estaba aquella, la Menegilda, que parecía una apisonadora y tenía cara de pocos amigos, y no había qué hacer.



¡Por fin! En aquella sala solitaria y medio abandonada, le dejarían en paz. Mientras no le sorprendieran y le pusieran una de aquellas campanas de cristal en que estaban atrapados aquellos raros pajarracos. Pero ya cuidaría él de que esto no sucediera.



Aunque era invierno y hacía mucho frío, el médico le había mandado que durmiera siempre con la ventana abierta, y Félix no olvidaba tan higiénica prescripción. Además, había en aquella habitación un endemoniado olor a naftalina...



Poco después, Félix roncaba beatíficamente, bien ajeno a lo que alrededor de él sucedía. Y fué que por la ventana abierta comenzaron a colarse mochuelos y lechuzas, como aquellas que allí había disecadas, y que venían, sin duda, a la querencia.



Y cuando despertó, le pareció que, lejos de despertar, caía en una horrible pesadilla. Una docena de feísimos pajarracos le miraban fijamente con aquellos horribles ojos saltones, mientras armaban un espantoso concierto de bufidos y gorgoritos. El dueño

de la casa, que hacía su ronda por toda ella antes de acostarse, cuando llegó a aquella habitación y se vió en medio de aquella respetable asamblea, creyó volverse loco y juró quitarle a Félix sus siete vidas de siete tiros.

(Continuará)